

José Luis Piñeyro y el periodismo

Ya se sabe que el periodismo se nutre de lo que ocurre y de lo que hacen los seres humanos y lo que pasa en su entorno; de lo que se ve, se escucha, se palpa y lo que se conoce para decirlo.

Y se sabe, también, que el periodismo, cuando es de a veras, y asume sus responsabilidades: no es esa tía buena que todo lo ve y todo lo perdona. Es, digamos, un espacio de libertad de los ciudadanos y de quienes somos sus intermediarios. Y por esa libertad muchos han ocurrido muchas cosas: por la buena o por la mala.

Hoy, en muchos lugares del país, colegas periodistas trabajan con mucha dificultad; otros mueren en nombre de una verdad que no conviene a algunos y porque también, se sabe, el enemigo público de la libertad de expresión es el pillo político y burócrata; el delincuente y el criminal. Y para descubrir y describir esas aguas el periodista se entrega abierto, en canal, para transmitir lo que es, ¿por qué lo hace?... no lo sé: a lo mejor porque le gusta saber la verdad; a lo mejor porque tiene en alto el valor de su propia libertad de expresión o a lo mejor porque a la manera de los justicieros solitarios, quiere justicia.

Si. También hay quienes medran, abusan o transan en nombre del periodismo: pero esos no son periodistas. Son simuladores.

Mientras tanto, existen periodistas que hacen de su labor una gesta: en particular estoy hablando del periodismo que se hace en provincia, tierra adentro... sin mengua del que también se hace en las grandes ciudades del país, que también tienen lo suyo.

A este mundo de la información, la comunicación, las contradicciones y las libertades llegó José Luis Piñeyro hace muchos años. ¿Cuántos? No lo sé de cierto. Lo que sí sé es cómo nos conocimos y cómo luego, poco a poco, fuimos haciéndonos buenos amigos, por mi parte con muchísimo afecto, respeto y admiración, por su parte porque creo que porque no me asumía como su editor, sino como su cuate, aunque para la exigencia editorial era muy disciplinado y muy sólido en sus reflexiones.

Debió ser a mediados de los noventa cuando me encontraba coordinando las páginas de opinión y el suplemento de cultura política Zona Abierta, del periódico El Financiero.

Luego por razones que tienen que ver con la organización de conferencias y foros que dependían de mi oficina ya como director de opinión en El Universal, le busqué para que participara en un uno de los Foros que cada semana organizaba en el periódico.

En 2003 organizamos uno en particular: el que se habría de ocupar de asuntos de Seguridad nacional y la relación con los Estados Unidos.

Le llamé porque era un investigador que se había ocupado en tratar de esclarecer ese sinuoso mundo de lo casi oculto, como es el tejemaneje de la seguridad nacional, de la participación de las fuerzas militares, de las amenazas internas y externas que como ojos de fulgor extraño nos ven como en esos bosque oscuro en el que parece que no pasa nada, pero miles de ojos nos miran al paso. Sobre todo porque nuestro país es tan inseguro y tan frágil, como él mismo lo percibía y nos lo decía.

Cuando le hablé dijo sí, de inmediato. Esto me sorprendió porque con frecuencia algunos de nuestros intelectuales no sólo preguntan en dónde y por qué será el foro, sino también el "¿Quién va a estar?". Digamos que esto es razonable porque el mundo del periodismo como el de la academia tiene que garantizar el buen nivel del lugar en el que comparece cada uno de los inteligentes del país. Aunque también lo agradecí porque me sentí que ya había ganado su confianza y, por lo mismo, no hacía más preguntas.

Así que se organizó aquella mesa inolvidable para analizar el tema. Fue excepcional. Lo dicho ahí provenía de la experiencia académica y del resultado de investigaciones rigurosas sobre un asunto que para muchos parecería de novela negra; pero no: era un tema contante y sonante, en el que la seriedad, el rigor y la prospectiva se ponían a disposición de los demás.

No hubo ahí una lucha libre de a ver quién sabe más: sí fue una mesa que comenzó a las tres de la tarde y terminó a las siete de la noche; fue una mesa en la que predominó la camaradería, el respeto y las ganas de expresar y aprender unos de otros.

Estuvieron ahí otros personajes muy inteligente, Jorge Chabat, Raúl Benítez Manaut, José Antonio Valdés Ugalde y más...

Con el paso de los años, como editor, uno se va dando cuenta de quién tiene cosas que decir y si eso que dice puede apoyar al lector de periódicos o en medios electrónicos entonces. Ahora también los digitales. El qué, quién, cómo y para qué es nuestro radar permanente.

Naturalmente no quise dejar pasar la oportunidad de invitar a José Luis a escribir en El Universal. Algunos de sus colegas de mesa ya escribían en esta casa periodística así que también se sentiría como en familia... Y aceptó de buena gana.

A partir de ese momento cada quince días desbordaba lo mejor de su conocimiento en la materia para la que le invitamos. Cada uno de sus textos era una cátedra de conocimiento y reflexión que apuntaban en la diana del problema. Porque el periodismo, particularmente el de opinión, es como el árbitro de fútbol: tiene la obligación de silbar cuando hay una mala jugada, ya tramposa o circunstancial y no tiene que silbar las buenas jugadas porque es obligación del jugador hacer bien su trabajo y con calidad....

Así que el periodismo de José Luis Piñeyro era inteligentemente crítico. Era un periodismo en el que apuntaba a temas concretos en momentos concretos. Él nunca abdicó de sus preocupaciones sociales. Le preocupaba, sobre todo, el impacto de las grandes decisiones en la vida de quienes somos de a pie, pero muy en particular los de a pie y además descalzos.

Durante mucho tiempo advertió, por ejemplo, el tema de los migrantes centroamericanos de paso por México. El fue uno de los iniciadores de la gesta por mirar hacia aquellos puntos de nuestro territorio en los que los seres humanos pueden llegar a transformarse en contra de otros seres humanos que lo único que quieren es encontrar soluciones a sus vidas y, por lo mismo, arriesgan su vida... y algunas autoridades que se corrompen o miran para otro lado...

Y también le preocupaban mucho los migrantes mexicanos que tienen la necesidad de migrar a Estados Unidos... como veremos luego.

En una ocasión platicando del tema recordábamos aquello que a principios del siglo XX, durante la Revolución Mexicana dijo el poeta estadounidense: "Ir a México es comer eutanasia". Y un poco por ahí la cosa. José Luis Reclamaba y pedía poner la ley y los derechos humanos frente a las afrentas que se cometían a lo largo del país por donde pasaban los peregrinos centro y sudamericanos como también los trabajadores mexicanos en tránsito.

Así que poco a poco consolidó un gran número de lectores y no sólo por el periodismo, también por su nivel académico, cada vez más gente quería escucharle ya en conferencias, en foros, en entrevistas o, en mesa de charla.

El 15 de febrero de 2005 se publicó la convocatoria del "Premio Nacional de Periodismo 2004". El año es muy importante porque antes el Premio Nacional de Periodismo lo entregaba el gobierno federal a través de la Secretaría de Gobernación, así fue de 1976 a 2001 cuando se convirtió en autónomo. Este premio es un reconocimiento que se otorga cada año a los periodistas más destacados del país y lo entrega ahora el Consejo Ciudadano del Premio Nacional de Periodismo.

Así, el 26 de abril de 2005 el jurado compuesto por Sergio Sarmiento, Pascal Beltrán del Río, Elena Gallegos, Jorge Zepeda Paterson, Leonardo Kourchenko, Jorge Galina, Ana Cecilia Torres, Issa Luna Pla, César Hernández, Gabriel Núñez, Alonso Lujambio y Sabina Berman otorgaron los premios de 2004 por:

Noticia: **Omán Anwar Nevárez Canto** – por "El cuarto pasajero"
Reportaje-periodismo de investigación: **José Woldenberg, Ricardo Becerra y Leopoldo Gómez** por "México: la historia de su democracia".
Crónica: **Alejandro Almazán** por "Cinco días secuestrada, cinco días de infierno"
Entrevista: a **Carlos Loret de Mola** por su entrevista a Verónica Ortiz, de la Fundación Vamos México.
Fotografía: **Daniel Aguilar Rodríguez** por "Haití, vivir la muerte"
Culturatura-Humor: **Luis Fernando Enríquez Rocha** por "El verdadero código Da Pinchi"
Orientación a la sociedad: **Jael Cristina Alvarado Jáquez y Efraín Martínez de Luna** por "Nunca se es muy chiquito para saber de SIDA)

Mesa de análisis-Debate: **Javier Solórzano, Carmen Aristegui, Ivo Gaytán y Daniel Ruiz** por "Entre los dados cargados y las cartas sobre la mesa."
Premio a la trayectoria periodística a **Miguel Ángel Granados Chapa**...

Y, claro, ese año de reconocimientos a muchos grandes periodistas, se entregó uno a un académico que tomó muy en serio al periodismo y pisando firme: **José Luis Piñeyro**, quien obtuvo el reconocimiento por artículo de fondo-opinión por "Héroes a fuerza".

Como se ve, muchos de los premiados son gente de peso específico en el periodismo mexicano. Y en ese contexto se reconocía la opinión-análisis de José Luis Piñeyro, quien, como sin proponérselo estaba en la punta de su carrera como investigador y como analista.

¿A qué se premió entonces? Naturalmente se premió a la calidad de ese análisis y al lenguaje periodístico que afinó a lo largo del tiempo en el que entregaba su artículo, ya para El Universal, o para otros medios a los que le colaboraba o a los que me permitía invitara a colaborar como era, también Le Monde Diplomatique y más...

¿Qué escribió José Luis para que el jurado reconociera no sólo esa calidad, sino también su preocupación permanente?... Si me permiten leeré el texto por el que fue premiado y el cual merece una permanente reflexión porque, como ocurre con los clásicos: lo que dicen en un momento permanece, trasciende y, por desgracia, en nuestro caso, es vigente, a pesar de las exigencias del autor:

"Héroes a fuerza
Autor: José Luis Piñeyro
Categoría: Artículo de Fondo/Opinión
Medio: El Universal

Desde el inicio de su gobierno, el presidente Vicente Fox se ha referido a los migrantes ilegales mexicanos como héroes, suponemos de la patria. En realidad lo son en un sentido doble, tanto porque arriesgan la vida y a veces la pierden o al menos son sujetos a tratos abusivos por autoridades de Estados Unidos e incluso de las nuestras, como porque los envíos de remesas que hacen hacia nuestro país contribuyen a paliar las condiciones de pobreza de numerosos núcleos de la población, como recién lo reconoció el Banco Mundial (BM), o bien son un ingreso familiar extra.

Veamos la dimensión de ambas contribuciones de los héroes forzados. De 1995, cuando comienzan las diversas operaciones antimigrante (Guardián, Río Grande, etcétera) a 2003, los costos humanos han sido altísimos: más de 2 mil 900 migrantes muertos y desaparecidos, 800 cadáveres repatriados anualmente por diversas causas accidentes laborales y viales, cruce ilegal de frontera, etcétera, un promedio anual de 10 mil niños repatriados, cientos de familias desintegradas, etcétera.

En 2003, las remesas enviadas por la migración legal e ilegal mexicana sumó 13 mil 400 millones de dólares y se estima que para 2004 superará a la inversión extranjera directa (IED) y el turismo. En 2003, los ingresos por remesas sólo fueron superados por las exportaciones petroleras.

Durante parte del gobierno del cambio regresivo, de diciembre de 2000 a mayo de 2004, emigraron a Estados Unidos 2.3 millones de mexicanos, los cuales representan 72% de la disminución de la pobreza señalada por el Banco Mundial. Al margen de las críticas de los especialistas sobre la veracidad del informe del BM, lo cierto es que los héroes forzados contribuyen con sus envíos multimillonarios a dos aspectos no reconocidos: el control a la volatilidad del tipo de cambio peso-dólar y al aumento de las tasas de interés.

Con otras palabras, la migración legal e ilegal mexicana no sólo aporta estabilidad política al país al servir como válvula de escape a las presiones sociales por empleo, educación, etcétera, sino que también sirve a la estabilidad de diversas variables macroeconómicas.

Algunos analistas consideran al casi nulo desarrollo económico social durante los últimos cuatro años, como el mejor ejemplo del fracaso o inexistencia de las más diversas políticas públicas (fiscal, social, monetaria, comercial, industrial, energética, de seguridad pública, comercial, etcétera). Señalan también que se requiere de políticas de Estado de mediano y largo plazo.

Parece ser que la única política no pública exitosa es la expulsión-exportación sistemática de mano de obra migrante a Estados Unidos. Dos fuentes de divisas, como son el petróleo como recurso energético estratégico y la industria turística, carecen de una política de Estado que nos permita la reactivación económica de corto, mediano y largo plazo, se sigue apostando a la IED y de cartera. La apuesta a ésta y sus supuestos beneficios es postergar el desarrollo integral y seguir acumulando más contradicciones sociales.

La otra apuesta implícita son los impresionantes envíos de los migrantes, pero eso por un lado, muestra la falta de estadistas y los muchos gobernantes y administradores sexenales y, por otro, refleja nuestra enorme vulnerabilidad frente a Estados Unidos. Así como la película Un día sin mexicanos muestra los impactos múltiples en la vida cotidiana estadounidense, considerando que "Un día sin remesas" implicaría no recibir 38.3 millones de dólares diarios, considerando que ingresos calculados por remesas para 2004 serán superiores a los 14 mil millones de dólares, los cuales se afirma, sobrepasarán las divisas captadas por exportación petrolera, servicios turísticos y la IED.

Los millones de indocumentados que se fueron y los que se van a ir (la mayoría los pobres de los más pobres) involuntariamente fortalecen a la debilitada seguridad nacional a pesar de que se fueron de nuestro país por no tener seguridad laboral, social."

Este fue el artículo premiado y, por supuesto, ahí está el retrato exacto de las preocupaciones de José Luis Piñeyro.

El ya no está. Una de las partes grandiosas del periodismo es que uno conoce a mucha gente, la trata, a veces se logra una buena conexión no sólo profesional: también humana.

Fue el caso: José Luis Piñeyro fue un gran amigo. Sabía escuchar. Tenía paciencia. Y un gran sentido del humor. Tenía el sentido humano de la vida. Muchas veces nos fuimos a comer por ahí, luego de que entregaba puntual su artículo. Platicábamos de todo. De sus preocupaciones y de las de éste que les platica hoy.

Se nos juntaban otros amigos y siempre terminábamos riendo y celebrando algunas ocurrencias inteligentes de algunos.

Pero, bueno: es el tránsito humano. El ya no está, pero muy seguramente si viviera estaría orgulloso de mi orgullo por haber sido además de su editor, también su amigo, el que sin duda lo extraña mucho.

Joel Hernández Santiago
Periodista y Editor